

---

HISTORIA  MÍNIMA DEL

---

# País Vasco

---

Jon Juaristi

---

Una breve síntesis de los hechos, los personajes,  
las ideas y los mitos que han definido la historia  
del País Vasco

Una breve síntesis de la historia, la evolución, los protagonistas y los escenarios que han definido el País Vasco, desde las prehistoria hasta el siglo XXI. El autor logra plasmar una íntima y cercana visión del País Vasco, dado sus vínculos de vida con esta tierra; aquí nació, vivió y ejerció como profesor durante muchos años. Un nuevo relato histórico a través del cual podemos aproximarnos con suma actualidad a los acontecimientos socio-políticos de esta región. (La última gran historia del País Vasco escrita por Fernando García de Cortázar se publicó hace 25 años). Una edición de referencia e imprescindible para los lectores del siglo XXI. Desde los primeros pobladores hasta el siglo XXI.

¿Son lo mismo Euskadi, Euskalherria y País Vasco?

¿Qué siete territorios lo componen?

¿Cuándo surgió el euskera y de qué lengua procede?

¿A qué batalla se asocian el mito de las cien doncellas y la aparición del apóstol Santiago?

¿Qué relación hay entre los fueros y las guerras carlistas?

¿Qué rey fue el último en jurar un fuero ante el árbol de Guernica?

¿Cuándo afirmó Sabino Arana que los vascos no eran españoles?

¿Quién presidía el gobierno vasco que aprobó el primer estatuto de autonomía?

¿Cuándo se fundó ETA y cuál fue su primer atentado?

¿Qué porcentaje de la población vasca habla euskera?

## PRÓLOGO

Con muy buen criterio, dos excelentes historiadores prematuramente desaparecidos, Abilio Barbero y Marcelo Vigil, advertían hace cuarenta años que, al tratar del País Vasco, la acepción geográfica de la expresión debe primar sobre la étnica. El País Vasco es, ante todo, un espacio cuyos límites hoy nos parecen claros, familiarizados como estamos con la cartografía periodística o televisiva. No lo eran tanto antes de la revolución liberal: hubo comarcas, villas y condados que se incorporaron a los territorios forales en los siglos XVII y XVIII. Incluso en nuestros días numerosos nacionalistas vascos han reclamado su ampliación para hacerlos coincidir con los de los dominios de tal o cual monarca navarro o con los de la lengua vasca en la alta Edad Media, por ejemplo. El historiador se ve a menudo con este tipo de problemas y debe hilar muy fino. No puede eludir el hecho de que en otro tiempo las entidades políticas de las que trata —reinos, marcas e incluso estados— se extendían más allá de las fronteras actuales del objeto de su estudio. Así, por ejemplo, buena parte de la historia antigua de los vascones o de la historia medieval del reino de Navarra transcurrieron en territorios que forman parte hoy de La Rioja, Aragón o Aquitania.

Incluir esos espacios ajenos en un relato histórico razonado no supone, o no debería suponer, como es obvio, tomar partido por un nacionalismo expansivo. Pero el historiador debe extremar sus cautelas cuando un discurso nacionalista paralelo se empeña en concurrir con el suyo. Para evitar equívocos diré que no creo que exista ni haya existi-

do una nación vasca, lo que no significa que no pueda existir en el futuro, pero la historia no trata del futuro. A lo sumo, puede ocuparse sin desdoro de lo que Unamuno llamaba los exfuturos, como lo ha hecho ese subgénero conjetural que Niall Ferguson denominó historia virtual y que entre nosotros ha cultivado con su acostumbrado rigor Santos Juliá. Es legítimo que el historiador se plantee qué habría sucedido si las cosas hubieran sido de otro modo, si Hitler hubiera ganado la guerra o si Franco la hubiera perdido (a este respecto, conviene recordar que Adolfo Bioy Casares ya se preguntó alguna vez cómo habría sido Argentina de no haber existido los vascos), pero cuando ejerce de futurólogo se aleja de su verdadera función.

La nación es una comunidad política forjada por la historia y sostenida por lo que Renán llamaba un plebiscito cotidiano, es decir, por la voluntad implícita en los miembros de dicha comunidad de seguir perteneciendo a ella. Benedict Anderson hace derivar ese impulso volitivo de una imaginación afectuosa que lleva al individuo a sentirse hermanado no solo con sus vecinos más próximos, sino con gentes a las que no conoce y seguramente nunca conocerá. La nación, afirma Anderson, es una comunidad imaginada. Pero no toda *comunidad imaginada* es una nación (la familia ampliada, el clan medieval o la parentela tradicional lo eran también, y lo son los partidos políticos, los socios y seguidores de un equipo de fútbol y, por descontado, la comunión de los santos, la umma y el movimiento gay).

A lo largo de la historia, las gentes que han vivido en el País Vasco se han sentido pertenecientes a diversas comunidades imaginadas. Nunca han coincidido en otorgar su lealtad política a una sola de ellas. La historia del País Vasco se ha caracterizado siempre por lo que Juan Pablo Fusi ha llamado *pluralismo*, y Fernando García de Cortázar, *plurimorfismo*. Baroja lo sabía muy bien cuando hizo decir a uno de sus más logrados personajes vascos, Jaun de Alzate, que los vascos del norte del Pirineo se habían contagiado

de la vanidad francesa y los del sur de la altivez castellana, una forma muy española de sostener que la historia había hecho de unos franceses y de los otros, españoles. No hay por qué resignarse, evidentemente, a los determinismos históricos. Contra ellos se alza, por fortuna, la voluntad creativa a la que también se refirió Unamuno, y que es otro nombre de la libertad. No parece que los vascos hayan aceptado jamás someterla a una directriz única.

Debo, finalmente, agradecer el apoyo bibliográfico y los consejos que generosamente me han ofrecido dos autoridades indiscutibles de la historia y la geografía del País Vasco, los profesores Juan Pablo Fusi Aizpúrua y Joseba Juaristi Linacero.

# I SOBRE EL NOMBRE Y EL QUIÉN DE LOS VASCOS

## PLURALIDAD E IDENTIDAD

Marcelino Menéndez Pelayo y Friedrich Engels, desde visiones del mundo contrapuestas, coincidieron en definir a los vascos como un pueblo sin historia, aunque sus valoraciones respectivas de dicha condición fueron muy distintas, y si para Engels esta reflejaba la desgracia común a los “detrimentos de pueblos” que no habían logrado formar una nación, para el escritor montañés representaba una forma de ventura. Los pueblos sin historia como los vascos, afirmó Menéndez Pelayo y lo repitió con frecuencia su antiguo alumno en la universidad de Madrid, Miguel de Unamuno, son pueblos felices.

Este tipo de juicios tajantes nunca acierta al cien por cien. Como los individuos, los pueblos suelen pasar por épocas más o menos dichosas y más o menos desdichadas. Pero es que resulta muy discutible que los vascos carezcan de historia. Y aún más que constituyan o hayan constituido un pueblo (es decir, un solo pueblo). Los vascos actuales pertenecen a estados diferentes. Unos son ciudadanos es-

pañoles y otros, franceses. Ahora bien, esta división no es consecuencia de su pasividad, insignificancia o debilidad histórica. No han sido colonias de estados ajenos, ni pueblos sometidos por la fuerza a otros distintos. En la historia española han tenido siempre un papel importante, como individuos y como colectividad. Estuvieron en el origen de casas importantes de la nobleza castellana, participaron muy activamente en la lucha contra el islam en la península ibérica, gozaron durante el Antiguo Régimen de una situación fiscal privilegiada, influyeron decisivamente en la política imperial de los Austrias y de los Borbones a través de la nutrida presencia de secretarios y ministros vascos en un estado que, en buena parte, fue creación suya, y ocuparon puestos de primera importancia en la iglesia española, en el ejército, en la armada, y en la administración de las colonias americanas. En la España contemporánea, su presencia ha sido abrumadora en las oligarquías financieras e industriales, en las clases políticas, en la diplomacia y en la academia, en la literatura, la arquitectura, el urbanismo, la música y las artes plásticas. En el caso de los vascos de Francia, siempre menores en número y habitantes de una de las regiones más pobres del hexágono, su papel en la construcción de la nación no fue en absoluto parangonable al de los vascos de la Península. Sin embargo, no opusieron al estado moderno nada parecido a la fuerte resistencia que los campesinos y la nobleza rural de las provincias vascas de España plantaron al liberalismo durante las guerras civiles del siglo XIX. No simpatizaron con la revolución ni con la monarquía de julio ni con la tercera república, pero su hostilidad a las ideas modernas y a la soberanía nacional, atizada por el clero y los nobles legitimistas de la región, no se tradujo en una oposición violenta, como en Bretaña, sino en la deserción en tiempos de guerra, y la emigración a América en los periodos de paz. Solo la política educativa de la tercera república, mediante la escuela y el cuartel, consiguió inducir en los campesinos franceses, incluidos los

vascos, un patriotismo cívico. Con bastante éxito: si durante la guerra francoprusiana la deserciones de jóvenes vascos fueron masivas, en 1914 marcharían disciplinadamente a las trincheras, cantando *La Marsellesa*, con sus capellanes al frente. El País Vasco de Francia no salió de su estancamiento económico, pero sus corrientes migratorias se orientaron hacia el interior de Francia en vez de hacerlo, como en el XIX, hacia Argentina, Uruguay, las colonias francesas y el oeste de Estados Unidos. El servicio doméstico en las ciudades del norte, la policía, el ejército y el pequeño funcionariado fueron, desde finales de la Gran Guerra, destinos preferidos de los emigrantes vascofranceses, que, salvo alguna excepción notable, como el cardenal Etchegaray, no han dado nombres destacados ni abundantes a la iglesia gala.

El nacionalismo vasco no puede alegar en su favor la existencia de una pretérita entidad política unitaria. A lo largo de la Edad Media, los vascos de España estuvieron divididos en dos reinos, Castilla y Navarra, y no fueron raros los enfrentamientos bélicos entre las poblaciones de ambos lados de la raya. El sueño de la unidad de los vascos fue forjándose en la modernidad. Primero, con los ilustrados vascos españoles del XVIII que auspiciaron una fraternidad de las provincias occidentales plasmada en el lema de la Sociedad Bascongada de Amigos del País: *Irurac Bat* (Las tres, una). Después, con el ideal de la Unión Vasconavarra impulsado por las sociedades fueristas de la Restauración bajo la consigna *Laurac Bat* (Las cuatro, una), que llamaba a la integración de las Vascongadas y Navarra. Finalmente, el nacionalismo alentó la utopía del *Zazpiak Bat* (Las siete, una), la aspiración a un estado vasco independiente que comprendiera las cuatro provincias españolas (Vizcaya, Guipúzcoa, Álava y Navarra) y los tres territorios vascofranceses (Labort, Baja Navarra y Soule). En vano. La planta política de la región vasca sigue siendo hoy muy parecida a la del Antiguo Régimen: vascongados y navarros pertenecen a dos comu-

nidades autónomas distintas bajo soberanía española y los territorios vascos de Francia se hallan incluidos junto al Bearn en una circunscripción administrativa francesa.

## EL NOMBRE DEL TERRITORIO

A la hora de optar por una denominación común para el territorio geográfico que ha sido morada histórica de los vascos de ambos lados del Pirineo, el historiador y el lego se encuentran con cuatro términos no equivalentes y cargados de connotaciones políticas de diverso tipo. Aquí hemos elegido el que nos parece más razonable, *Vasconia*, pero antes de desarrollar los argumentos a su favor, conviene explicar por qué hemos descartado los tres restantes: *País Vasco*, *Euskadi* y *Euskal Herria*, también de uso bastante frecuente según las distintas preferencias políticas.

País Vasco es una expresión reciente en español, traducción de su equivalente francesa, *Pays Basque*, que comenzó a utilizarse en el siglo XIX, cuando la costa del Labort se convirtió en la zona de veraneo preferida de la burguesía parisiense. Napoleón Bonaparte inauguró en la playa de Biarritz, en junio de 1808 (un mes después de la insurrección madrileña del 2 de mayo, y tras poner a la familia real española a buen recaudo), la primera temporada de baños de la historia. Hasta entonces, las playas no habían atraído a los ociosos. Se consideraban, en general, lugares peligrosos y siniestros.

Fueron sin embargo Louis Napoleón, su sobrino, y la emperatriz Eugenia de Montijo quienes pusieron de moda las playas de Hendaya y Biarritz entre las clases altas del segundo imperio. Lo de *Pays Basque* fue una ampulosa forma

cortesana de referirse a los Pirineos atlánticos antes de convertirse en reclamo turístico. Su traducción española no conserva del todo el sentido original, pero arrastra aún resonancias de pintoresquismo. En España, difundieron su uso los escritores del 98, sobre todo Baroja, que publicó en 1953 una vasta descripción geográfica y monumental de la región, tanto de la parte española como de la francesa, con ese título: *El País Vasco*. Pese a que se halla hoy bastante difundido, se advierten reticencias a emplearlo con la misma amplitud semántica que le atribuyó Baroja, especialmente entre sectores del navarrismo político, opuestos a incluir bajo tal epígrafe al viejo reino.

*Euskadi* es la forma actual de un neologismo (*Euzkadi*) inventado por Sabino Arana Goiri (1865-1903), fundador del Partido Nacionalista Vasco, a partir de la improbable raíz *euzko*, que el propio Arana creó a partir de la palabra *euskera*, nombre autóctono de la lengua vasca. Arana, que tenía a su criatura léxica por una reconstrucción fidedigna del nombre antiguo y genuino de los vascos, la combinó con el sufijo colectivizador *-di*, aplicable solo a agrupaciones vegetales, como en el caso de *pagadi* (hayedo), *urkidi* (bosquecillo de tilos), *sagardi* (manzanal), etcétera, para dotar a la nación vasca por él soñada de un nombre vernáculo. Hasta la Segunda República fue un término usado exclusivamente por los nacionalistas, que entendían por *Euzkadi* el conjunto de las provincias Vascongadas, Navarra y los territorios vascofranceses. Los primeros en adoptarlo fuera del círculo nacionalista fueron los comunistas, que, bajo la influencia de la doctrina leninista de la autodeterminación de los pueblos, denominaron a su sección vasca Partido Comunista de Euzkadi. En el exilio posterior a la Guerra Civil, el conjunto de las fuerzas del bando derrotado transigió con dicha nomenclatura, que mudó su grafía en la década de 1960 a *Euskadi* y se convirtió en un índice común de antifranquismo. Obviamente, los partidarios del régimen franquista rechazaron el término en la misma medida en que el

nacionalismo vasco y la izquierda lo propugnaban. Actualmente, la derecha no nacionalista es más tolerante con él, e incluso lo emplea, pero restringiendo su acepción. Por *Euskadi* entiende solamente la actual comunidad autónoma vasca (las provincias Vascongadas), dejando fuera a Navarra. Ni que decir tiene que el navarrismo político defiende este criterio. En la zona vascofrancesa, la denominación cobró carta de naturaleza después de la Segunda Guerra Mundial, como equivalente estricto de *Pays Basque* o País Vasco, acaso por influencia de los exiliados españoles residentes en la región y de la prensa francesa de izquierdas, que apoyaba al antifranquismo.

El caso de *Euskal Herria* es más complicado y versátil. La expresión aparece por vez primera en la literatura eusquérica del siglo XVII, y en plural: *euskal herriak*. Su sentido original parece claro: se denomina *euskal herria* a cualquier comarca donde el eusquera es la lengua hablada por la mayoría de la población. *Euskal* es la forma compositiva de *euskara* (o *euskera*) cuando antecede a un sustantivo o a un sufijo: *euskal jaiak* (las fiestas del eusquera) o *euskaldun* (poseedor o hablante del eusquera). *Herri* vale por pueblo, aldea, pero también por comarca: así *Txorierrri* (comarca de pájaros, al este de Bilbao) o *Goierrri* y *Beterrri* en Guipúzcoa (comarca alta y comarca baja, respectivamente). Solo se empezó a aplicar la denominación *Euskal Herria* (o *Euskalerria*, grafía propia de la parte española) al conjunto de la región vasca en el siglo XIX. Se utilizó ya en este sentido en la propaganda carlista desde la guerra de 1833-1840, y por los fueristas durante la Restauración.

En el siglo XX, *Euskalerria* (escrito así) fue el nombre que opusieron los tradicionalistas (y, en general, la derecha no nacionalista) al *Euzkadi* o *Euskadi* de los nacionalistas y de la izquierda. La reivindicación carlista respondía a un prurito de autenticidad, toda vez que se rechazaba *Euzkadi* como un invento reciente, artificial y tendencioso. Ahora bien, durante la transición española a la democracia, la iz-

quierda nacionalista, partidaria de ETA, se apropió del término *Euskal Herria* (escrito así) para distinguir su proyecto político, independentista y revolucionario, de la *Euskadi* "burguesa" patrocinada por el PNV y la izquierda autonomista. A consecuencia de ello, la derecha antinacionalista —autonomista o no— ha desarrollado una notable repugnancia hacia una expresión que, en el siglo anterior, fue señal de identidad de los sectores políticos más conservadores y opuestos al nacionalismo.

Nombres como *Euskaria* y *Euskeria*, nacidos al socaire de la literatura romántica impulsada en el siglo XIX por los fueristas, nunca gozaron de una aceptación social significativa.

No es el caso de *Vasconia*. En primer lugar, aunque su uso sea más raro que el de los demás nombres mencionados hasta ahora (salvo el de *Euskaria* /*Euskeria*), todo el mundo admite que se refiere a la totalidad de la región vasca de ambos lados del Pirineo (Vascongadas, Navarra, territorios vascofranceses). Ha sido utilizada en tal sentido tanto por nacionalistas vascos como por nacionalistas españoles. Así, en tiempos cercanos a los nuestros, por el prelado vizcaíno Zacarías Vizcarra Arana (1880-1963), uno de los principales impulsores del nacionalcatolicismo español y creador del término "hispanidad", que publicó a finales de la Guerra Civil un ardoroso alegato a favor de la españolidad de los vascos, *Vasconia españolísima* (San Sebastián, 1939), y por el también vizcaíno Federico Krutwig Sagredo (1921-1998) cuyo ensayo *Vasconia. Análisis dialéctico de una nacionalidad* (París, 1963) constituye una de las principales fuentes de la ideología del nacionalismo revolucionario vasco.

Con todo, hay que observar que *Vasconia* es un cultismo con poco arraigo en el habla popular, aunque no en la de clérigos e intelectuales como Vizcarra y Krutwig. En el pasado siglo ha dado nombre a sociedades anónimas industriales y a publicaciones periódicas, pero no se ha prodi-

gado en el discurso político. Lo que no obsta para que se le deba reconocer una antigüedad mucho mayor que al resto de las denominaciones mencionadas hasta ahora. Es un término geográfico de raíz étnica, como otros muchos de factura asimismo latina: *Hispania*, *Lusitania*, *Britania*, *Franconia* o *Sajonia*. Si bien el nombre *Wasconia* aparece en las crónicas de Gregorio de Tours y Fredegario, en el siglo VI, es en la obra del anónimo cosmógrafo de Rávena, un refundidor de Ptolomeo, donde se intenta delimitar por primera vez su territorio, pero con la grafía *Guasconia*, referida además a una región que solo en una pequeña parte corresponde a la que hoy se identifica como Vasconia. Aunque el texto del cosmógrafo es confuso, su Vasconia o *Guasconia* parece designar a la totalidad de Aquitania y a otras tierras al norte de esta, que incluirían la Gironde. La franja meridional de la región, entre el Garona y los Pirineos, es denominada por el mismo autor *Spanoguasconia*, es decir, *Hispanovasconia*, pero no alude con tal nombre a tierras hispanas, sino a lo que hoy se conoce propiamente como Aquitania, y lo que, de hecho, se consideraba Aquitania en la antigüedad.

## EL NOMBRE DEL PUEBLO

Al contrario de lo que sucede en el caso de España, donde el nombre del territorio precedió en muchos siglos al de sus pobladores, en el de Vasconia la denominación étnica precede a la geográfica. De los vascos o *vascones* hablan los autores de la antigüedad romana y el etnónimo aparece como *bascunes* y *barscunes* en monedas ibéricas. Con independencia de que el origen del vocablo sea céltico o

aquitano (y esto no excluye aquello), aparece latinizado en los textos antiguos como un sustantivo masculino imparisílabo de la tercera declinación (*vasco-vasconis*), aunque a veces pueda aparecer como adjetivo. Así, por ejemplo, en Prudencio (*Peristephanon*, II): *Nos Vasco Hiberus dividit* (Nos divide el Ebro vasco). Ya habrá ocasión de ocuparnos de quiénes eran estos vascones de la antigüedad. Ahora solo interesa rastrear la historia del término, cuya ocurrencia textual entre los siglos I a. de C. y IX es bastante alta entre escritores de la época romana, de la visigoda y cronistas asturianos y mozárabes. En cuanto a su origen, se le ha relacionado con *Ausci*, nombre de una *gens* aquitana mencionada por César, a la que sitúa en la comarca de Auch, ciudad que habría recibido su denominación de dicha *gens*.

Para los cronistas medievales de Francia y España los vascones se identifican casi exclusivamente con los gascones, y ello a pesar de los testimonios toponímicos que en Castilla revelan una repoblación vascónica temprana (Báscones del Agua, Basconcillos del Tozo, Bascuñana, en Burgos; Báscones de Ojeda, Báscones de Ebro, Báscones de Valdivia, en Palencia; e incluso Báscones de Grado, en Asturias). Desde la Edad Media hasta el siglo XVIII, por vascos hay que entender a los naturales de la región aquitana, tanto a los de los actuales territorios vascofranceses, como a los de Bearn, las Landas, Bigorre y el valle del Garona. En las diferentes variedades del gascón, dialecto occidental de la lengua occitana, sus hablantes se siguen denominando a sí mismos “vascos” (*gascou*, *bascou*) como lo hacía Michel de Montaigne, que se definía —en latín— como *Gallus Basco* (galo vasco, forma retórica de decir vascofrancés). Los naturales de los territorios vascofranceses propiamente dichos se llamaban a sí mismos vascos tanto cuando se expresaban en patois como cuando lo hacían en eusquera (*bascoac*, atestiguado ya en las *Linguae Vasconum Primitiae*, de Bernard Dechepare, 1545). No así los de la Navarra

española y las Vascongadas, que comenzaron a hacerlo mucho más tarde.

¿Cómo se llamaba en la baja Edad Media a los vascos de España? No había un término común que los englobara. Los de las Vascongadas se dividían en vizcaínos, guipuzcoanos y alaveses (o sea, *bizkaitarrak*, *gipuzkoarrak* y *arabarrak*, en eusquera, como hoy, pero con grafía diferente: *vizcaitarrac*, *bizcaitarrak*, *guipuzcoarrac*, etcétera). Los vascos de Navarra eran conocidos como navarros. Pero esto supone simplificar excesivamente el panorama. Los guipuzcoanos recibían también otros apelativos, como *lepuzcoanos*, *lepucés* y *guipuces* en romance, y *lepuzcoarrak* y *gipuçac* en eusquera (*lepuzcoarrak* y *guipuçac*, según la grafía al uso). A los navarros, los vascongados los llamaban con frecuencia franceses. Los navarros de cepa autóctona se autodenominaban *navarros* (*nafarroak*, en eusquera), y se distinguían estrictamente de los otros moradores del reino, de origen francoprovenzal y habla occitana, a los que se conocía como *francos*.

*Vascongado*, término castellano ya en uso en la Edad Media, significaba entonces “hablante del vascuence”, con independencia de nacimiento o arraigo en las provincias occidentales o en Navarra. Un navarro vascongado no era un oxímoron, sino un navarro vascohablante. Por otra parte, la nobleza vizcaína negaba la condición de *vizcainía* a los plebeyos. Todavía en la segunda mitad del siglo XV, el cronista Lope García de Salazar reservaba el nombre de *vizcaínos* para los hidalgos y se refería a la mayoría de la población del señorío como simples “moradores”. De manera que *vizcaíno*, durante los siglos finales de la Edad Media, valía por hidalgo, es decir, por hidalgo natural del señorío de Vizcaya.

Al resolverse la crisis social de la baja Edad Media en las Vascongadas con la derrota de los linajes nobles por las villas, que contaron con el apoyo de la corona, una de las imposiciones de los vencedores fue la nivelación estamental